

El asesinato de Arturo Mor Roig: entre las memorias sociales y la violencia revolucionaria.

Benielli Lucas.

Cita:

Benielli Lucas (2013). *El asesinato de Arturo Mor Roig: entre las memorias sociales y la violencia revolucionaria*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/832>

EL ASESINATO DE ARTURO MOR ROIG: ENTRE LA VULGATA PROCESISTA Y LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA

Lucas Benielli – UBA
lucasbenielli@gmail.com

I – Los hechos

ocurren un día lunes a mediados de julio; es el año 1974, y dos semanas atrás la sociedad argentina se convulsionaba tras la muerte de Juan Domingo Perón, presidente electo por tercera vez; Arturo Mor Roig, un ex político vinculado al radicalismo, almuerza ese lunes 15 de julio del '74 en una parrilla ubicada en la localidad de San Justo, aprovechando la pausa en su trabajo de asesoría legal en una empresa metalúrgica; almuerza con dos amigos, el restaurante está ocupado en casi todas sus mesas; de una de esas mesas se levantan dos jóvenes, portando sendas pistolas de calibre 9 milímetros; los jóvenes se acercan a Mor Roig y le disparan aproximadamente diez veces; Mor Roig cae al suelo, cuando otros dos hombres ingresan repentinamente al local y disparan sobre su cuerpo con escopetas de caño recortado; Arturo Mor Roig recibe un total de veinte disparos y muere; finalmente, y ante el silencio general, los cuatro hombres huyen. No se reivindica nada ni se mencionan filiaciones partidarias. El asesinato tiene algunas repercusiones en la prensa, y luego se disuelve en su coyuntura. Se realizan acusaciones que nunca son corroboradas. El acontecimiento no llega nunca a ser explicado: una gota más de sangre disuelta en el “violento” océano setentista.

II- Las nuevas visiones del pasado

traen consigo una renovación historiográfica. En el momento actual de la sociedad argentina, circulan y combaten las interpretaciones del pasado reciente, sus memorias y olvidos, con una pluralidad de voces que enriquece la visión —o las visiones— sobre ese período tan particular.¹ De todos sus aspectos, el más controvertido y cuyos debates están

¹ Véase al respecto Lorenz, Federico, “La memoria de los historiadores”, publicado en *Lucha armada en la Argentina*, Año 1, No. 1, Buenos Aires, noviembre de 2004.

aún lejos de resolverse son aquellos vinculados a la violencia revolucionaria. Es decir, un examen crítico de las condiciones que llevaron a vastos sectores de la sociedad a iniciar una lucha revolucionaria bajo el contexto de proscripciones, dictaduras, democracias precarias y represión estatal; pero también una lucha que se piensa a sí misma en ocasiones como guerra y que actúa en consecuencia. La historiografía actual, después de un letargo acorde a la transición democrática y su eje en la culpabilidad dictatorial sobre la desaparición de tantos miles, vuelve a indagar acerca de los motivos y racionalidades del accionar de las organizaciones político-militares.²

En el contexto de la denominada “violencia revolucionaria” es que se ubica el asesinato de Mor Roig. Ahora bien, una primera y vital pregunta se impone: ¿por qué lo matan? Si su eliminación responde a objetivos deliberadamente formulados por los grupos armados, debemos pensar el acontecimiento en función del contexto histórico en que ocurre, rescatando aquellos elementos que nos sirvan para orientar nuestra búsqueda. Pero, formulada la pregunta, sobreviene el desánimo: no hay bibliografía —sean libros, capítulos de libros, artículos, ponencias— que se centre en este hecho. Pareciera ser pasado de largo en el trabajo de los historiadores o apenas mencionado como un ejemplo más de la época, sin entrar en detalles.³ Es claro que hay cuestiones más urgentes, que las miradas críticas todavía dirigen sus miradas hacia otros episodios resonantes, como el asesinato de Rucci o los grandes operativos montados por el ERP y Montoneros. Sin embargo, pensamos que el momento actual de nuestro campo profesional amerita detenernos en —digámoslo así— estas muertes banales en apariencia, apenas exploradas desde la actividad historiográfica y que, suponemos, contribuye a colocar un mínimo grano de arena en el debate académico, cuyo médano es prematuro pero cada vez más firme.

Nos proponemos, por lo tanto, rescatar el asesinato de Mor Roig de su contexto e indagar cuál fue el motivo que llevó a su realización. Como se verá, las muertes perpetradas por las organizaciones político-militares respondían en su mayoría a objetivos claramente delineados, con justificaciones y efectos establecidos de antemano; en este sentido, resulta

² Un artículo que profundiza estas cuestiones es el de Pittaluga, Roberto, “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista”, en Marina Franco, Florencia Levín (comps.), *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2007.

³ Entre los varios escritos consultados, podemos mencionar una de las publicaciones más recientes: véase Franco, Marina, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2012, pág. 114.

pertinente preguntarse qué expresó en su momento el asesinato de Mor Roig, cuáles fueron las consecuencias —políticas, sociales— esperadas por sus ejecutores. En resumidas cuentas, qué significado tuvo —o quiso darse— y bajo qué percepción de la coyuntura —es decir, el momento inmediatamente posterior al fallecimiento de Perón—. ⁴ Lo cual se vincula, a su vez, con otra pregunta importante: ¿quién fue Mor Roig? ¿Qué hizo en vida para merecer semejante muerte? Una figura relevante en la política de la época que es acribillado con veinte disparos: su asesinato tiene necesariamente que decir algo.

En el presente trabajo abordaremos dichas cuestiones de manera bicéfala: por un lado, relevamos algunos testimonios actuales de diversas fuentes en torno a nuestro objeto de análisis, para dar cuenta de un cierto tipo de memoria que prevalece hoy en día y que consideramos necesario discutir desde un enfoque historiográfico; a su vez, valiéndonos de los indicios que proveen dichos testimonios y en combinación con un acercamiento a las fuentes de la época, intentaremos situar la coyuntura particular en que ocurre el acontecimiento y las percepciones relevantes sobre el mismo. ⁵

III- Los testimonios

son parciales, dispersos, fragmentados; sin embargo constituyen un provechoso recurso para aproximarnos en un primer momento. Relevados y examinados en conjunto, destacamos la elaboración de una memoria que rescata positivamente la figura de Mor Roig, al tiempo que expresa una visión particular sobre el período y condena el episodio de su muerte; pero al mismo tiempo, algunos testimonios nos proveen indicios acerca de las causas que llevaron a dicha ejecución, lo que utilizaremos para orientar nuestro trabajo. Veamos.

Un tal Diego Alberto Barroverero escribe en la página web del “Instituto Nacional Yrigoyenense”⁶; titula su escrito “Arturo Mor Roig: el crimen sin razón”; a pesar del título, de su extenso artículo apenas se refiere al acontecimiento. Dice:

⁴ Con esto no pretendemos, valga su aclaración, adoptar una u otra postura acerca del hecho; no es nuestra intención calificarlo valorativamente ni formular juicios que supongan una justificación; el objetivo es otro y más acotado, aunque complejo: interpretar el episodio en clave historiográfica, considerando la violencia de manera crítica y en sus múltiples determinaciones.

⁵ Sostenemos, de esta manera, que todo estudio de casos en la historia reciente argentina enriquece su análisis en la medida que se mueve —en un equilibrio a veces tenso y precario— entre la indagación historiográfica y la consideración crítica de sus memorias.

⁶ <http://www.yrigoyen.gov.ar>

El cruel e irracional asesinato de Mor Roig solo puede encontrar explicación en el estado de enfermedad moral que afectaba entonces a la Nación, sumida en el caos, el desgobierno, la violencia y la inseguridad, fruto de las profundas contradicciones internas del peronismo, así como las acechanzas de los cultores del odio y la muerte que pronto se ensañaron con todo el pueblo argentino e la noche más negra de su historia.⁷

El párrafo citado aparece ni bien comienza el artículo. Al respecto, la única información que ofrece sostiene que su asesino “lo individualizó de casualidad, le destrozó el cráneo poniendo fin a su vida de la forma más violenta e injustificada”. Actúa entonces, de acuerdo al autor, un azar violento de la época que no requiere ser cuestionado; por lo tanto, el resto de la nota Barrovero se dedica a rescatar la figura de Mor Roig, su perfil intelectual y trayectoria política, hasta el momento de su asesinato... en la que reitera que “lo sorprendió la muerte de manera inimaginable”. Del principio al final, la nota omite centrarse en aquello que su título indica. ¿Error? Ninguno: desde su discurso, el asesinato no se explica, no debe ni puede explicarse.

Considerando sus matices, el escrito de Barrovero alude a la noción propuesta por Lorenz de “vulgata procesista”, es decir, un tipo de narrativa histórica que enfatiza la violencia de las organizaciones político-militares en oposición a la represión ilegal —ya sea durante la dictadura o en los años anteriores—, a través de la que se justifica la violencia estatal y las características del proceso militar (Lorenz 2008:18). Lorenz señala que la “vulgata procesista es simbólicamente eficaz porque se apoya en claros, ausencias u omisiones en los relatos de sus antagonistas políticos, sobre todo en los episodios asociados al asesinato político” (Lorenz 2008:19). A pesar de que el artículo señalado no se aviene a sostener la necesaria intervención del régimen militar en el poder, desprende algunas características comunes en torno a este tipo de memoria. En él aparece un diagnóstico de la situación previa al golpe como caótica, sumida en una anarquía galopante; a su vez, caracteriza a Mor Roig como un sujeto pasivo, inocente absoluto de su muerte —inocencia que no prueba, sino que omite explicar—. La nota gira prioritariamente sobre el desempeño político de Mor Roig desde el gobierno de Arturo Illia en adelante, resaltando sus momentos más “heroicos” y claves para la historia argentina. Recortes y subjetivemas

⁷ El artículo completo está disponible en <http://www.yrigoyen.gov.ar/morroig.htm>

discursivos pueden también identificarse en el relato que José Claudio Escribano realiza para el diario La Nación: “¿Quién era este político perspicaz, de voz baja (...), estudioso, dotado de paciencia infinita para escuchar y forjar consensos, justo él que venía de un núcleo partidario que había levantado las banderas de la intransigencia?”.⁸ O bien en el periodista Rogelio Alaniz, cuando destaca: “Mor Roig era un político radical a tiempo completo. Se había afiliado al partido de Alem e Yrigoyen en su primera juventud, al poco tiempo de llegar de Lérida, Cataluña, su tierra natal”.⁹ En todos los casos, Mor Roig se constituye como un modelo intachable de la democracia argentina —y así se titula precisamente la nota de Escribano, “La memoria de un modelo”-. Establecida por consenso la figura —organizada selectivamente y en función del propio discurso—, todo lo que remita a su asesinato no puede ser otra cosa que algo carente de sentido.

Si retrocedemos en el tiempo y analizamos algunas interpretaciones del hecho, advertimos que la interpretación que predomina en esta memoria tiene su filiación directa con algunas valoraciones de esa época. Un ejemplo conciso: el número especial que publica la revista Gente en mayo de 1976. Allí se enumeran los acontecimientos que ocurren entre la asunción de Cámpora y el último Golpe de Estado; la publicación, fuerte matriz de la “vulgata” en los medios de comunicación masivos, dedica dos páginas a valorar la trayectoria de Mor Roig y describir su muerte, asesinado mientras “comía con amigos y hablaba de su obsesión: el país en paz, el acuerdo, el diálogo”.¹⁰ Otros medios cubrieron de manera exhaustiva el momento de su muerte y su funeral, destacando las palabras que usó Lanusse durante el entierro y que se emparentan con las que venimos detallando.¹¹ La continuidad en la interpretación, cumplidos ya cuarenta años de distancia, constituye uno de los móviles que orientan nuestro trabajo: consideramos que, en la medida que en la sociedad circulen únicamente dichas visiones —ligadas a un pensamiento de derecha—, resulta dificultoso abrir un debate crítico que examine el pasado en su dimensión profunda.

El análisis viene omitiendo, hasta ahora, la cuestión acerca de quién fue el que realizó el asesinato de Mor Roig. En dicho tema hay otro consenso: fueron los Montoneros, dicen a coro. Y ese coro no lo conforman solamente los discursos afines a la “vulgata”, sino

8 <http://www.lanacion.com.ar/145887-la-memoria-de-un-modelo>

9 <http://www.rogelioalaniz.com.ar/?p=511>

10 Revista Noticias, nro. Especial, Editorial Atlántida, 1976.

11 Parte del discurso se puede encontrar en la publicación de la revista Noticias al día siguiente del episodio. Noticias, nro. 228, Buenos Aires.

también los trabajos historiográficos recientes¹², el periodismo de investigación especializado y varios programas televisivos. Sin embargo, una mínima aventura archivística reluce la falta de documentación precisa: no hay comunicados, panfletos, declaraciones o menciones oficiales acerca de que Montoneros haya asesinado a Mor Roig. En algunos testimonios, el dato aparece sin cuestionamientos, indicando más bien la acción de una memoria social en torno al hecho; en otros se justifica a partir de esquivas e imprecisas declaraciones de miembros de esa organización, así como las negaciones del ERP respecto al atentado. Un breve análisis de todas estas declaraciones revela, a su vez, nuevas condiciones para nuestro trabajo.

**IV- “Oy oy oy oy,
qué contento estoy,
vivan los montoneros
que mataron a Mor Roig”**

refiere un cantito estudiantil de aquel momento: con él los Montoneros se adjudicaban el asesinato, y constituye la mención más cercana a una reivindicación del hecho. En el artículo de Rogelio Alaniz mencionado, el autor dice: “he conocido a muchos muchachos y chicas que cantaban esas consignas. Quiero creer (...) que suponían que Montoneros había hecho justicia asesinando a un enemigo del pueblo. Ninguna de estas consideraciones subjetivas impide señalar que festejaban un crimen. (...) Se mataba por matar y, además, se expresaban grititos de alegría por la muerte”.¹³ Sin embargo, otros escritos señalan cierto malestar entre aquellos felices muchachos que cantaban. En el cuarto volumen de la obra testimonial escrita por Caparrós y Anguita, “La voluntad”, se menciona un diálogo entre dos jóvenes en los que uno dice, de manera reveladora: “(...) en principio yo tampoco estoy de acuerdo con esa acción. Pero se hizo y se firmó, y entonces hay que levantarla. En todo caso ya lo discutiremos adentro, pero para afuera hay que reivindicarla totalmente” (Anguita y Caparrós 1998: 22-23).

Este último testimonio anticipa algo crucial: un desacuerdo al interior de la organización respecto del asesinato de Mor Roig, y al mismo tiempo la necesidad de mantener una

12 En su cronología sobre el período, Roberto Baschetti señala el asesinato como perpetrado por un comando montonero (Baschetti 1999:16).

13 Rogelio Alaniz, art. Cit.

postura orgánica y coherente de cara a la sociedad. Pero lo dicho deja entrever que la decisión no fue unánime, y en algunos casos rechazada por algunos de sus integrantes. La existencia de una jerarquía en la planificación de los actos perpetrados por Montoneros no es algo novedoso, aunque en este caso permite romper con el núcleo duro del discurso reprobatorio de la “vulgata”. Hay, en el libro citado, una mención más sobre nuestro tema que merece ser reproducido, ya que a pesar de su extensión constituye uno de los puntos relevantes para la investigación. En un diálogo entre un militante montonero y Roberto Quieto —uno de los líderes de la organización—, ocurre lo siguiente:

—Compañero, yo quería hacerle una pregunta.

—Diga nomás, diga, compañero.

—No, yo quería saber por qué fue que ajusticiamos a Mor Roig.

Hubo un silencio. Algunos militantes miraron a Tahuil como si quisieran fulminarlo por su atrevimiento. Quieto se restregó las manos y trató de mantener el mismo tono de voz:

—Bueno, es muy simple. La organización considera que hay traiciones que no pueden olvidarse, y ha dictado una serie de sentencias a determinada gente que ha participado en situaciones clave. En este caso, la de Mor Roig era por haber participado, como ministro del Interior, en la masacre de Trelew, con la muerte de 16 de nuestros mejores compañeros, compañero. Entonces estas sentencias están firmes, y se deben ejecutar en el lugar y en el momento en que se pueda, con independencia de la situación política, de la oportunidad. ¿Está claro?

Los demás se quedaron mirándolo en silencio, y Quieto pensó que tenía que agregar algo más:

—Lo que pasa es que si somos revolucionarios tenemos que tener claro que las cuestiones éticas van por encima de las oportunidades políticas. Hay cosas que están más allá de cualquier cuestión de coyuntura, compañeros (Anguita y Caparrós 1998: 37-38).

Aquí aparece la primera de las razones esgrimidas: Mor Roig ejerció como Ministro del Interior durante la dictadura de Alejandro Lanusse, período en el cual, el 15 de agosto de 1972, se produjo la fuga de varios militantes detenidos en el penal de Rawson, la mayoría de los cuales fueron encontrados y fusilados una semana después, de manera ilegal y

excediendo los procesos de justicia correspondientes. La complicidad de Mor Roig, debido a su cargo y a su negación y omisión de los acontecimientos, podría ser entonces el motivo que implicó su asesinato dos años después. Así lo expresa su hijo, Raúl Mor Roig, en una entrevista televisiva: “alguna gente ésta me dijo (...) que sí lo había juzgado una especie de tribunal, el 22 de Agosto, referido a lo que había sido el hecho de Trelew”.¹⁴

Aunque, si volvemos al párrafo citado de “La Voluntad”, ante la explicación de Quieto pareciera que la respuesta no llega a generar aprobación homogénea entre las bases. Un político radical de la época, adversario en ese entonces de Mor Roig, expresa la misma confusión que varios de los jóvenes montoneros: “estos tipos están locos, ¿qué justificación pueden tener para matar a Mor Roig? Si el tipo ya era un muerto político” (Anguita y Caparrós 1998: 105). De ahí la última acotación de Quieto: es algo que está más allá de cualquier coyuntura, pero ¿para quién? ¿Qué es lo que las bases no pueden “comprender” acerca del episodio? La muerte de Mor Roig, entonces, se convierte en algo más que un mero “ajusticiamiento” producto de su culpabilidad en la Masacre de Trelew, o de sus actividades políticas al momento de su muerte —que brillaban por su ausencia—.

Una segunda línea testimonial refiere que el asesinato no tuvo mayor motivo que el de advertir a la recién asumida Isabel Perón sobre las consecuencias de no aceptar la participación de los Montoneros en la nueva coyuntura política. Así sugiere la opinión de Robert Potash en una nota conmemorativa del hecho en el diario Perfil:

“Tras la muerte de Perón, el 1º de julio de ese año, la llegada a la Presidencia de su poco experimentada y más maleable viuda ofreció a la guerrilla una nueva oportunidad para actuar. El asesinato de Mor Roig, apenas dos semanas después de la asunción de Isabel Perón, puede ser visto como parte de un plan para demostrar su poder y extorsionar al gobierno”.¹⁵

Es conocida la historia del último tiempo en vida de Perón y la ruptura con Montoneros, así como la tendencia inicial de Isabel de apoyarse en los sectores de derecha en la conformación del nuevo poder estatal. Lo que el comentario citado vincula, en este caso, es la coyuntura inmediatamente posterior al fallecimiento de Perón con el asesinato de Mor

14 El extracto corresponde a un material de archivo del canal Crónica TV, disponible en <http://www.youtube.com/watch?v=dki6-C32JQM>. Sobre este tema, nos consta señalar que los escritos vinculados a la memoria reivindicativa de Mor Roig destacan positivamente su trayecto como funcionario de la dictadura, omitiendo el episodio puntual de Trelew o relativizando su importancia con respecto al asesinato.

15 http://www.perfil.com/ediciones/2012/7/edicion_694/contenidos/noticia_0076.html

Roig, realizado más como una demostración de fuerza o presión que en represalia a su desempeño político. La misma comprensión se encuentra en el artículo mencionado de Escribano, quien sugiere que Roberto Quieto señaló, *off the record*, que a Mor Roig no lo asesinaron por su complicidad durante la dictadura de Lanusse, sino “como aviso de que los Montoneros debían ser tan tenidos en cuenta por el flamante gobierno de Isabel Perón como lo habían sido en esos días —principios de julio de 1974— los dirigentes de la oposición invitados a dialogar con la presidenta y sus ministros”.¹⁶

Sin embargo, estas afirmaciones también pecan de insatisfactorias. Si bien puede argumentarse que Montoneros quería participar en la incipiente coyuntura política —aun sopesando su posterior pasaje a la clandestinidad—, la elección particular de Mor Roig no puede ser respondida. Repitamos: ¿por qué, entonces, acribillar precisamente a un ex político radical? Aquí debemos detenernos brevemente para incorporar a nuestro trabajo una consideración crítica acerca de la violencia revolucionaria, el otro eje a partir del cual buscamos situar el análisis.

Desde la visión de las organizaciones armadas —como Montoneros—, los conflictos y determinaciones de coyuntura están ciertamente imbuidos por una lógica de guerra, por un enfrentamiento entre aquellos que se disponen a cambiar la sociedad y los que resisten en consecuencia. Como toda guerra, la violencia armada se constituye como uno de los medios principales para la consecución de su objetivo. Hugo Vezzetti señala al respecto que la lógica de la guerra debe predominar por sobre las acciones políticas, ya que éstas no detentan el poder necesario para una transformación radical (Vezzetti 2009:64). La violencia, debidamente organizada y sistematizada por la conducción de las organizaciones armadas se superpone entonces a la política, y la desplaza del epicentro de los acontecimientos que los grupos militarizados realizan. En el caso de Montoneros, Pilar Calveiro menciona que en su conformación —en la que confluye un entramado heterogéneo de organizaciones identificadas con el Movimiento Peronista— la práctica de la guerrilla predominó en su accionar, ya sea a partir de robos para el financiamiento del grupo, los operativos de combate o la propaganda; inclusive el hecho de ocupar espacios políticos era considerado, de acuerdo a la autora, como producto de su accionar armado (Calveiro 2005:111-13). La adecuación a una lógica de guerra implicaba, en este sentido, la

16 José Claudio Escribano, art. Cit.

eliminación física de objetivos puntuales, en función de que éstos fuesen percibidos como opuestos al proceso que se estaba llevando a cabo. Carlos Flaskamp, en su libro testimonial, refiere acerca del asesinato de Mor Roig las siguientes palabras de un miembro de la conducción montonera: “no hay que buscar siempre la explicación de las operaciones militares en la táctica política fina. Estamos en guerra, y en la guerra a los enemigos se los mata. Es así de simple y punto” (Flaskamp 2002:165).

Sin embargo, la etapa previa a la muerte de Perón se vincula también con la tendencia por parte de los montoneros a ocupar cargos en el poder político bajo el gobierno de Cámpora. Como señala Gillespie, “los montoneros aprovecharon la oportunidad para extender su influencia política concentrándose en la actividad legal y actuando en múltiples frentes” (Gillespie 1997:207). Al respecto, cabe considerar la oposición que sostiene Vezzetti entre la política y la violencia organizada, ya que —señala— el momento en que predomina la política la violencia merma y, viceversa, ésta aparece como consecuencia de una derrota en el ámbito político (Vezzetti 2009:64). Lo dicho bien puede aplicarse al comparar las estrategias de las organizaciones político-militares durante el gobierno camporista y los eventos posteriores a la muerte de Perón. ¿Es posible, sin embargo, pensar en un desplazamiento coherente —e incluso complementario— entre política y violencia si nos situamos en el diagnóstico de coyuntura que tenían sus actores, en tanto proceso revolucionario?

El asesinato de objetivos políticos era “exitoso”, es decir válido y aceptado por la mayoría de quienes integraban Montoneros, en la medida que su concreción podía explicarse por sí misma —o bien que no precisara explicación—, como sucedió en muchos casos; el asesinato de Mor Roig, ocurrido algunos días después de la muerte de Perón, resulta ciertamente confuso si nos atenemos a dicha sentencia. Consideramos que, para aproximarnos a su significado, es necesario volver a la cuestión de qué era lo que simbolizaba el ex Ministro del Interior lanussista a partir de su pasado en el poder; es decir, rastrear entre sus acciones políticas para comprender la “oportunidad” —en palabras de Quieto— que constituyó su asesinato. A su vez, esto nos servirá para analizar la tercera línea de interpretación presente en los testimonios relevados, así como la propia percepción de Montoneros.

V- El Gran Acuerdo Nacional

fue un proyecto político surgido durante el mandato de Lanusse —precisamente hacia el año 1971—, que expresaba un declive en el gobierno autoritario y la necesidad de reiniciar, una vez más, el ciclo democrático en el país. Pero a diferencia de los años anteriores, en este caso y a través de una propuesta salida de las entrañas de la dictadura —conocida como “La hora del pueblo”—, se permitió la inclusión del peronismo como partido autorizado para las siguientes elecciones —con las que se despediría, de manera elegante, la autodenominada “Revolución Argentina”—. Aquí aparece otra vez Mor Roig: fue el teórico principal del GAN y uno de los activistas destacados en torno a la alianza multipartidaria a favor de la democracia, tal como señalan los testimonios de la época y los actuales. Fue, también, el impulsor del *ballotage* como herramienta electoral, lo que algunos testimonios de la época interpretan como un recurso que imposibilitaría la elección de Perón en segunda vuelta. Rogelio Alaniz avanza en este sentido: “A Mor Roig lo mataron por haber sido el artífice del Gran Acuerdo Nacional propiciado por Lanusse para dar una salida política a la Revolución Argentina. Efectivamente, fue el ministro del Interior de Lanusse el hombre que creó los instrumentos jurídicos indispensables para dar esa salida”.¹⁷ Este testimonio constituye la tercera línea interpretativa respecto del asesinato: lo hacen como producto de este acontecimiento particular.

Revisemos un poco. Las elecciones surgidas en torno al GAN no resultaron precisamente la salida esperada por el gobierno dictatorial: a poco de iniciarse el proceso, Perón retorna sorpresivamente a la Argentina y permanece durante un mes; se establece que la condición para que el peronismo se presente a elecciones debe ser la no candidatura del mismo Perón; de nuevo en Europa, Perón elige a Héctor Cámpora como el candidato a presidente por el partido justicialista; al momento de las elecciones, una gran parte de la sociedad se inclina por Cámpora, determinando fuertemente las iniciativas de Lanusse. Al respecto, Robert Potash señala que:

En enero del `73 (...) el presidente Lanusse convocó a su ministro del interior (...), le preguntó si le estaban haciendo “mal al país” en seguir adelante con las elecciones. La respuesta de Mor Roig fue: “sí, pero le haríamos algo peor si las parásemos”. En las semanas subsiguientes, Lanusse estaba bajo presión de sectores

¹⁷ Rogelio Alaniz, art. Cit.

militares que le pedían posponer las elecciones, pero eligió hacerle caso a su ministro. Mor Roig es quien merece mucho del crédito —o la culpa— por el regreso de los peronistas al poder tras 18 años, no por acción revolucionaria sino a través de las urnas.¹⁸

Es decir: Mor Roig considera como algo negativo un posible retorno del peronismo al poder —lo que sucede efectivamente—; Mor Roig pondera sin embargo las virtudes democráticas —aunque operando activamente en una dictadura—; Mor Roig es responsable, indirectamente, de la victoria de Cámpora y la posterior vuelta del exilio de Perón; aún su talante conservador y fuertemente antiperonista, es quien favorece el proceso del retorno. La pregunta sobre su muerte, considerada bajo estas premisas, raya el absurdo: ¿por qué asesinar a la persona que encaró tal proceso, siendo la vuelta de Perón uno de los objetivos principales de Montoneros? Existe, bajo este punto de vista, una profunda contradicción aparente. Sin embargo las opiniones descriptas resaltan, antes que el desenlace electoral, el protagonismo de Mor Roig frente al GAN y al entramado de alianzas en pos de la democracia. ¿Qué tiene de particular este momento?

La descripción anterior se modifica si nos orientamos hacia las consideraciones que la conducción de Montoneros tenía sobre el proceso mencionado. No en vano, el número 3 de la revista *La Causa Peronista* —dirigida por Rodolfo Galimberti y sucesora de *El Descamisado*—, publicada el 23 de Julio de 1974, dedica varias páginas a repasar la vida de Mor Roig a raíz de su asesinato días atrás.¹⁹ Precisamente allí se dedica una página que se titula “Fue el teórico del GAN”, donde se señala que este “significó asegurar la permanencia de los intereses imperialistas en el país, y el poder del partido militar, que se viste con una fachada civil-constitucional (...) En términos políticos, esto significaba un peronismo dócil y sin Perón (...)”. Meses después —precisamente en diciembre del mismo año— en la revista *Evita Montonera* se ofrece una interpretación similar:

Cuando la “Revolución Argentina” estuvo acorralada por las puebladas y nuestra lucha armada, sacó a relucir el famoso “Gran Acuerdo Nacional” con el Partido Militar y Mor Roig al frente.

¹⁸ Robert Potash, art. Cit.

¹⁹ Revista *La Causa Peronista*, nro. 3, págs. 20-23. Parte de la reconstrucción del hecho consignado en el primer punto de nuestro trabajo proviene de esta fuente.

Su objetivo era hacer una alianza entre los monopolios y la burguesía “nacional”, integrar el Peronismo al sistema demo-liberal capitalista y dependiente y aislar y destruir las fuerzas organizadas del Pueblo y a Perón. Era “el gran partido” que debíamos jugar todos los argentinos (Baschetti 1999:312).

Respecto al rol jugado en este contexto por las organizaciones revolucionarias peronistas, la publicación en Agosto del `74 de “Confluencia” señala que estas

(...) comprendieron que la propuesta de la dictadura se apoyaba en expectativas reales de las masas que deseaban tanto la desaparición de la dictadura como el retorno del peronismo al poder. Se trataba entonces de impulsar la organización del pueblo para que lo que para Lanusse y Mor Roig era una graciosa concesión de las Fuerzas Armadas se transformase en una imposición popular (Baschetti 1999:215).

Lo expresado señala el hecho de que, para Montoneros, el GAN carecía de legitimidad política y no constituía en sí mismo algo positivo. ¿Qué valor tenía, desde su perspectiva, una democracia sin Perón? Que el GAN abriese la brecha para un avance respecto de la lucha llevada adelante por el pueblo no implicaba que el proyecto fuese valorado en su dimensión limitada, sino por el contrario como una instancia que debía ser superada por el empuje de las fuerzas revolucionarias.

Desde esta perspectiva, por supuesto, no le cabe a Mor Roig el beneplácito que otros actores de la época tenían respecto de sus acciones políticas. En el artículo mencionado de La Causa Peronista se declara “Fue Mor Roig, sin dudas, el cerebro político del lanussismo. El hombre que llevó fe y optimismo a la camarilla militar. El que le dio cauce legal al decreto que proscribía la candidatura de Perón”. La victoria popular en las urnas —con la asunción de Cámpora— no debe empañar la reflexión sobre la coyuntura política precisa. El GAN era, de acuerdo a las opiniones de Montoneros, un conjunto de “trampas legales” urdidas por Mor Roig y que afianzaban la dependencia del pueblo frente a las maniobras políticas de la burguesía —y en alianza con el imperialismo—. En palabras de Alberto Camps, entrevistado por La Causa Peronista en el contexto del segundo aniversario de la masacre de Trelew y publicadas en el número 8 —agosto de 1974—, “(...) en el GAN, como en cualquier proyecto proimperialista, no existe la representación popular y sí la represión al pueblo”.

Una característica común a todas las fuentes relevadas es que estas son escritas y publicadas de manera posterior a la muerte de Perón, es decir, sobre una coyuntura política diferente a la que existió durante la apertura democrática bajo Lanusse. Ahora bien: ¿cuál es el sentido de analizar este breve período para la organización político-militar? Sin dudas, la muerte de Perón alecciona numerosas reflexiones e incertidumbres acerca del rumbo a seguir, al tiempo que ofrece directivas sobre los pasos que deben darse bajo la lógica revolucionaria. Atendiendo a las manifestaciones realizadas por las cúpulas de la organización, observamos entre el tiempo del GAN y el proceso abierto en julio del '74 ciertos paralelismos y puntos de contacto en sus percepciones: el análisis nos ofrece, finalmente, una contextualización precisa en que ocurre el asesinato de Mor Roig

VI- “¿Quién votó a Isabel-López Rega?”

es el título que lleva el número 8 de La Causa Peronista, así como el editorial firmado por Galimberti. Allí se caracteriza, en el primer párrafo, a la situación actual como una “guerra sucia contra el pueblo”, y luego se equipara al gobierno de Isabel con el de Lanusse: “¿cuál es entonces la diferencia entre aquella dictadura militar y este gobierno? (...) Habíamos aprendido a pelear contra la dictadura. No pensamos que íbamos a tener que pelear con un gobierno constitucional que dice ser peronista”. El rechazo por parte de Montoneros al nuevo gobierno es común en cualquier estudio histórico del período; sin embargo, otras fuentes hacen extensiva la filiación con respecto a la transición lanussista, así como la resignificación que adquiere el GAN durante este momento. En la declaración provista por la Juventud Universitaria Peronista (JUP) del 18 de Julio de 1974, se caracteriza al movimiento peronista como “acéfalo” y se sostiene que, frente al avance del imperialismo, “Reaparece el proyecto de Lanusse, el Gran Acuerdo Nacional; es decir un gobierno constitucional, pero sin Perón y sin participación del pueblo, y con las Fuerzas Armadas supervisando desde un segundo plano” (Baschetti 1999:116-117). Una postura compartida por la conducción y que se resume en título de la nota que aparece en el número 5 de La Causa Peronista —6 de Agosto del '74—, respecto del análisis sobre la asamblea Multipartidaria convocada desde el gobierno: “Sin el pueblo peronista es el Gran Acuerdo Nacional”.

El punto nodal de esta lectura es la negación de legitimidad al gobierno de Isabel, lo que habilita por lo tanto considerarlo como una continuidad del régimen dictatorial previo, como se declara en la conferencia brindada por Mario Firmenich el 20 de Junio de 1975, en que el gobierno “es una usurpación y es una dictadura disfrazada de sistema de derecho (...), usurpan un poder surgido de los votos populares que no fue en apoyo a estos ministros (...) sino que fueron los votos al General Perón” (Baschetti 1999:289). Bajo esta suerte de democracia negociada es que se erige nuevamente, según el análisis de la conducción, el tan mentado GAN; la nota mencionada de la revista Evita Montonera detalla en qué consiste el mismo, ya asociado a la coyuntura de Julio del `74:

- 1º) Reorganizar las Fuerzas Armadas, como mejores aliadas.
- 2º) Integrar al Peronismo al régimen.
- 3º) Destruir las fuerzas que impidan que el Peronismo se integre, o sea destruirnos a nosotros.
- 4º) Ganar como aliados a la burguesía “nacional” y a la partidocracia liberal (Baschetti 1999:312).

Es decir, un diagnóstico similar al momento en que se preparaba la transición dictatorial, aunque con ciertos arreglos: el principal de ellos sostiene que el gobierno de Isabel dice representar a Perón. Y es en su nombre —profanado— lo que el actual régimen utiliza para incrementar la represión sobre las organizaciones revolucionarias. “Nunca los milicos tuvieron un cierto apoyo de masas, que sí tiene Isabel, los trabajadores deben enfrentar una legislación represiva más dura que la de Lanusse (...)”, se menciona en el artículo de Evita Montonera (Baschetti 1999:313), dando a entender un cierto matiz respecto del proyecto original.

En síntesis, el GAN es considerado para la conducción montonera como un marco apropiado a través del cual realizar su análisis de coyuntura al calor de los acontecimientos. Si bien las fuentes difieren respecto de si equiparar de lleno ambas instancias o si resaltar sus diferencias —aunque sin dejar de lado la comparación—, es notable el hecho de que el contexto político tras la muerte de Perón resitúa y pondera el debate acerca del GAN en el interior de la organización. El análisis se corresponde asimismo con las posibles estrategias de avance en la lucha revolucionaria: en un discurso dado por Roberto Quieto en el club Universal de La Plata, el 26 de Julio de 1974, luego de hacer una enumeración de los

hechos posteriores al primer día de Julio y ante la perspectiva de (re)armar un Frente de Liberación Nacional, se dice:

Y que no crean que se puede cambiar un Frente de Liberación Nacional por un Gran Acuerdo Nacional (...) o se alían con los trabajadores (...) u objetivamente pasan al campo del enemigo y entonces merecerán el trato de los enemigos. (...) Esto no es una amenaza. Es una caracterización y una advertencia acerca de cuál va a ser nuestra conducta en el caso de que se nos quieran cambiar las cartas y poner un GAN en lugar de un Frente de Liberación. (Baschetti 1999:126).

Las palabras referidas por Quieto se vinculan a su vez con la lógica de violencia revolucionaria descrita anteriormente. En este punto es que podemos situar aquello que el mismo sujeto decía ante las bases de que “hay cosas que están más allá de cualquier coyuntura”, en el párrafo citado de La Voluntad. A pesar de que el asesinato de Mor Roig no es reivindicado por la conducción, se ubica temporalmente en el mismo momento en que reflota el GAN desde la visión política de Montoneros: dichos indicios nos permiten ubicar de manera clara el acontecimiento, así como otorgar una cierta densidad al trabajo historiográfico sobre el período. Si dijimos que para que un asesinato fuese exitoso este debía comprenderse por sí mismo, significa que el sujeto asesinado tiene que simbolizar o representar algo relevante al momento de su muerte, para que el “mensaje” que constituye el hecho pueda ser aprehendido de manera clara.

Sostenemos también algo que suena un tanto obvio a esta altura, pero no por eso menos acertado —y que cuestiona fuertemente a las memorias de derecha—: desde la óptica de las organizaciones armadas, todo asesinato constituye un mensaje político, al menos desde sus motivaciones y proyectos; las consecuencias de estos actos suponen un efecto premeditado y anclado en coyunturas específicas. Si el asesinato de Aramburu o el de Rucci adquirieron su peso específico y sus simbolismos esperados —aunque con desenlaces opuestos—, es porque escapaban del mero ajusticiamiento para expresar una determinada “lectura” de la situación revolucionaria. ¿Cuál es, entonces, el mensaje esperado con la muerte de Mor Roig? Sin duda no buscamos ponderarlo junto a estos otros dos casos, pero sí es nuestra intención ejemplificar, a partir de su concreción, la existencia de racionalidades y objetivos puntales y delimitados. El problema que atraviesa este trabajo es la dificultad para encontrar una única explicación del hecho. Lejos de aseverar tal o cual motivo o

identificarnos con una sola de las ideas esgrimidas, intentamos desentrañar su significación política al calor de los eventos de mitad del '74: en este sentido, rescatamos una interpretación que se encuentra a medio camino entre la segunda y la tercera línea argumental trazada por los testimonios actuales, es decir la que se refiere a un intento de presión sobre el gobierno de Isabel y aquella que pondera el rol que ocupó Mor Roig durante la dictadura de Lanusse.

Lo dicho supone relevar, en parte, la responsabilidad de Mor Roig sobre la masacre de Trelew: lo cierto es que esta razón aparece en numerosos testimonios actuales y pasados, inclusive de quienes integraron la conducción montonera²⁰; sin embargo, consideramos que salir de la lógica de “justicia popular” permite correr el debate en que pueda predominar una cierta mirada “revanchista”.²¹ Retomando nuestro análisis sostenemos que la pregunta más pertinente es, dado que todo asesinato supone un mensaje político, a quién se dirige efectivamente este mensaje. El asesinato de Mor Roig, ocurrido apenas días después de la muerte de Perón —y bajo las percepciones que la conducción tenía sobre un resurgimiento del GAN—, expresa un momento clave en la transición de Montoneros hacia una lógica política marcada de forma predominante por la violencia revolucionaria; el mensaje que revela y destaca nuestro análisis se vincula de manera directa con los acontecimientos políticos del momento. En el número 5 de *La Causa Peronista*, bajo una de las fotos que ilustran el artículo acerca de la reunión multipartidaria en el gobierno de Isabel, las palabras son concisas y contundentes: “La historia vuelve a repetirse. Lanusse y el Gran Acuerdo Nacional. Falta Mor Roig”.²²

VII- Un balance

para nuestro tema debe comenzar señalando que las fuentes analizadas expresan, en su gran mayoría, la visión política de la conducción montonera. Queda fuera de este trabajo interpretar el por qué en la dificultad de los dirigentes para explicar una razón concisa de los hechos a las bases militantes. ¿Constituyó un mensaje eficiente el asesinato? Vemos que, a través del canto estudiantil que transcribimos, el mismo sí tuvo un cierto eco

²⁰ Tal es el caso de Roberto Perdía, que en el libro memorístico de reciente publicación señala que la responsabilidad de Mor Roig en Trelew, así como por ser el operador político del GAN le valió su asesinato. Véase Perdía, Roberto. *Montoneros. El peronismo combatiente*, Buenos Aires: Editorial Planeta, 2013, pág. 186.

²¹ Y que, como señalamos, no alcanza para comprender íntegramente el asesinato.

²² Revista *La Causa Peronista*, número 5, pág. 12.

reivindicativo en sus integrantes; sin embargo hubo también una dificultad notoria para comprenderlo de manera homogénea. Esto permite al menos considerar a la organización no como un bloque hermético e inmutable, sino a partir de sus cambios y tensiones bajo una dinámica revolucionaria que, para este momento, se orienta progresivamente hacia una lógica de “guerra” en detrimento de los espacios políticos tradicionales. Ciertamente es que el proceso de militarización creciente de Montoneros irrumpe, de manera planificada y en semejanza a una estructura de ejército, hacia fines de 1974 (Calveiro 2005:131); podríamos sugerir, retomando nuestra reflexión acerca de la imbricación entre violencia y política, que el asesinato de Mor Roig —así como los que ocurrirán en el futuro inmediato hasta el pasaje a la clandestinidad de Montoneros— prefiguran de manera explícita dicha inflexión.

¿Fue este asesinato una cuestión, retomando las palabras de Quieto, carente de “táctica fina”? Si consideramos que el “mensaje” buscó ser transmitido, principalmente, hacia el grupo político dirigente del momento —es decir, hacia fuera de la organización—, el hecho adquiere su densidad propia, más allá de la variedad de significados que se le atribuyeron luego. Táctica política hubo, aunque su fineza puede cuestionarse en un momento particular de transformaciones —ciertamente irreversibles— en el aparato de poder estatal, así como en el interior mismo de Montoneros.

En lo pertinente a nuestro trabajo, luego de este recorrido observamos que la figura de Arturo Mor Roig dista de ser la que nos ofrecen los testimonios escritos bajo el discurso de la “vulgata procesista”: antes de ser asesinado, el funcionario ocupó un cargo político bajo una dictadura, negoció una salida transicional desfavorable para el peronismo revolucionario, negó su responsabilidad en la masacre de Trelew... al menos, desde las percepciones de la organización político-militar, Mor Roig no era el mismo sujeto intachable que para otros sectores de la sociedad; relevados sus estudios de coyuntura y reconsiderada su forma de acción política —lejos de adscribir a una memoria que condena sin desplegar miradas críticas—, el motivo de su asesinato deja de ser “inexplicable”. Y este es quizá el punto que queremos destacar y que nos motivó a realizar el trabajo: un recorrido que parte del presente, de las formas en que se recuerdan e interpretan ciertos asesinatos particulares del pasado reciente para, desde allí, volver nuestra mirada hacia atrás y analizar a partir de un examen de las fuentes esos otros testimonios, algunos silenciados y otros que no alcanzan hoy en día a disputar un lugar predominante en la

memoria colectiva. Consideramos que un estudio detenido de estos casos otorga un aporte relevante para la comprensión histórica de la violencia revolucionaria durante este período; debemos, por lo tanto, indagar entre ellos para seguir avanzando, con el objetivo de responder —en clave académica— acerca de estas muertes sin gloria que son recordadas en muchas ocasiones por las memorias de derecha y, generalmente, casi olvidados por la historiografía.

Bibliografía:

- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín y (1998). *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomo 4: La patria peronista*, Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Calveiro, Pilar (2005), *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los setenta*, Buenos Aires: Norma.
- Flaskamp, Carlos (2002), *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos.
- Gillespie, Richard (1997), *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los montoneros*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Lorenz, Federico (2004) “La memoria de los historiadores”, *Lucha armada en la Argentina*, Buenos Aires: Ejercitar la memoria editores, número 1.
(2008), *Combates por la memoria. Huellas de la dictadura en la historia*, Buenos Aires: Editorial Capital Intelectual.
- Pittaluga, Roberto (2007) “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista”, en Marina Franco, Florencia Levín (comps.), *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Vezzetti, Hugo (2009), *Sobre la violencia revolucionaria. Memoria y olvidos*, Buenos Aires: Editorial Siglo Veintiuno.

Artículos periodísticos consultados:

—Barovero D. A., “Arturo Mor Roig: el crimen sin razón”, en

<http://www.yrigoyen.gov.ar/morroig.htm> , fecha de acceso 20-10-12

—Robert Potash, “¿Por qué Mor Roig?”, en

http://www.perfil.com/ediciones/2012/7/edicion_694/contenidos/noticia_0076.html , fecha de acceso 20-10-12

—Rogelio Alaniz, “El asesinato de Mor Roig”, en <http://www.rogelioalaniz.com.ar/?p=511> , fecha de acceso 20-10-12

—José C. Escribano, “La memoria de un modelo”, en <http://www.lanacion.com.ar/145887-la-memoria-de-un-modelo> , fecha de acceso 20-10-12

Fuentes cosultadas:

—Revista La Causa Peronista, números 3, 5 y 8

—Revista Evita Montonera, Agosto de 1974

—Baschetti, Roberto (1999), *Documentos 1973-1976. Volumen II: De la ruptura al golpe*, Buenos Aires: Editorial De la Campana.